

GUERRA Y PAZ: EL ENREDO DE UNA CUESTIÓN INDUDABLEMENTE POLÍTICA*

GENEVIÈVE FRAISSE

Centre National de la Recherche Scientifique, Paris

Resumen

Este texto, parte de uno más amplio, trata de las dificultades de las ideas de igualdad y fraternidad entre los sexos en *Le deuxième sexe*. El concepto de fraternidad parecería ofrecer solución a los problemas de desigualdad entre sexos, pero el término no carece de ambigüedad y necesita ser precisado.

Palabras clave: género, feminismo, igualdad, fraternidad, liberación.

Abstract

This fragmentary text is about the difficulties of the ideas of equality and fraternity between sexes in *Le deuxième sexe*. The concept of fraternity seems to offer a solution to the problems of inequality between them, but the term is not without ambiguity and needs adjustment.

Keywords: gender, feminism, equality, fraternity, liberation.

“Al principio los hombres fueron para mí camaradas y no adversarios. Lejos de envidiarlos mi posición –precisamente porque era singular– me parecía privilegiada”¹

Recibido: 12/01/2009. *Aceptado:* 18/02/2009.

* Tomado de la obra de Geneviève Fraisse, *Le privilège de Simone de Beauvoir*, Actes-Sud, Arlès, 2008, 79-92. Traducción de José Montoya, Universidad de Valencia.

¹ Simone de Beauvoir, *Memories d'une jeune fille rangée*, Paris, Gallimard, 1928, pág. 295.

RECORDEMOS que se llama privilegiada porque acumula, porque disfruta de las ventajas agregadas de los dos sexos. En esta página de las Memorias, cuenta que se hallaba “excedente” en el grupo de jóvenes filósofos varones y, por consiguiente, beneficiaria de una situación excepcional. En efecto las muchachas no se contabilizaban. Imagen positiva del margen, de la marginalidad, la de “además”, lejos de las apuestas de la concurrencia masculina. Ese cúmulo es también una interpretación del triunfo de la integración escolar de las jóvenes francesas en aquella mitad de siglo. El bachillerato se ha hecho único, idéntico para chicos y chicas, en 1924; en ese momento Simone de Beauvoir tiene 16 años. A las pioneras y excepciones de la segunda mitad del siglo XIX va a suceder una vanguardia de mujeres diplomadas; después vendrá, tras 1970, el reparto, la mezcla de los sexos, la mixtura en todas las escuelas. La idea de “camaradería” es una referencia nueva en aquellos años 1930, de ahí su inesperada frescura. El cúmulo ofrece una posición singular a aquella muchacha más bien dinámica; de ello viene el privilegio. En desquite la camaradería es el resultado de una situación de proximidad, física e intelectual, que parte de los años universitarios.

La Universidad fabrica camaradas tanto como los grupos políticos que utilizan la camaradería como fórmula de la vida en común. También Simone Weil habla de camaradas: “camaradería total”, dice refiriendo una conversación con dos obreros. “Milagroso”², añade, consciente de que hay diferencias de clase como las hay de sexo. La camaradería es una imagen de la mixtura moderna. Para Simone de Beauvoir, sus discípulos han sido camaradas, no podían ser adversarios. Camaradas políticos tanto como camaradas de estudios, los hombres se encuentran en la esfera pública.

Un camarada es un cómplice, nunca es un enemigo, rara vez un adversario; ¿habríamos de concluir que, si no hay adversario, no hay conflicto ni guerra? Por lo demás, filosóficamente, políticamente, “las iniciativas han venido de él (Sartre). . . Al rehusar reconocer esas superioridades yo habría precisamente traicionado mi libertad, me habría obstinado en la actitud de desafío, de mala fe que engendra la lucha de sexos y que es lo contrario de la honestidad intelectual. . . El me ha ayudado, también yo le he ayudado. No he vivido a través de él”³. Ella intenta no pensar en términos de confrontación: no ama la idea de la lucha de sexos. Aquí nos perdemos un poco: no hay confrontación, no hay lucha, no hay conflicto; ¿Sería acaso

2 Simone Weil, *Journal d'usine*, Oeuvres complètes, II, 2, Paris, Gallimard, 1991, pág. 220.

3 Simone de Beauvoir, *La force des choses*, Paris, Gallimard, 1963, pág. 624.

porque el desafío y la mala fe serían las causas, las formas? ¿O, porque la camaradería es la figura del mañana? Competición y rivalidad serían tan solo malas pasiones. “Cuando nos querellamos ya no razonamos bien”: la conquista del saber y el ejercicio de la razón son incompatibles con las querellas, rebasan las querellas. Los dos sexos comparten en adelante el mismo espacio de pensamiento. Esta conquista del siglo XX es para ella una adquisición indiscutible.

La introducción de *El segundo sexo* intenta discernir el *cogito* de una mujer que se decide a pensar las mujeres. A continuación, el cuerpo del libro ofrece el largo periplo de un análisis exhaustivo. Al término del viaje, la conclusión, más allá incluso de la cuestión del hacer, del obrar, tratada en el último capítulo. La mujer independiente nos propone una revisión en perspectiva histórica. Se nos coloca cara a la historia, posible e imposible de una futura igualdad de sexos. Esta conclusión se abre y se cierra con una palabra que no nos deja indiferentes, la de “hermanos” y “fraternidad”. ¿Sería ésta la utopía ofrecida por el horizonte de la igualdad entre los sexos?

Encuentro también en la introducción una palabra cuya perspectiva es cercana: *mitsein*, palabra escrita en alemán en el texto, “estar juntos”, palabra existencial más que política. En principio “*mitsein* original”, mezcla de los sexos, “dato biológico”, y no “momento de la historia humana”. Después término social: el *mitsein* se opone al conflicto. La disipación de esta oposición se nos da en *El ser y la nada* de Sartre y se nos vuelve a dar de este modo en la introducción citada. “Es obvio que la dualidad de sexos, como toda dualidad, se haya reducida por medio de un conflicto”⁴. Por otra parte, ella dirá, en el capítulo sobre la historia, cómo la mujer ha quedado excluida del *mitsein* original por la división del trabajo; jamás simple. Finalmente me parece que duda siempre entre reconocer o negar el conflicto. Lo único seguro es que el conflicto es algo segundo no primero. Serán necesarios los centenares de páginas que separan la introducción de la conclusión para pasar de estar juntos, que la resonancia heideggeriana deja a lo lejos, a la fraternidad en la historia política, a “su fraternidad”. “No, la mujer no es nuestro hermano”, Simone de Beauvoir abre con esta cita de Jules Laforque la conclusión de su libro. La mujer es un “ser aparte”, no es un “compañero cabal” dice también el poeta; y por ello, sin duda, la guerra es perpetua y la paz impensable. ¿Qué sentido dar entonces a esa palabra de “fraternidad” que Simone de Beauvoir intenta oponer a la terrible afirmación del poeta? Dos observaciones para comenzar a comprender: “hermano” y “fra-

4 Simone de Beauvoir, *Le deuxième sexe*, Paris, Gallimard, 1965, pág. 23.

ternidad” son palabras tan poco conceptualizadas que son precisadas por los términos de “compañero” en Laforque, o de “camarada” en Simone de Beauvoir; y además, segunda observación, querer lazos fraternales entre los sexos, es imaginar un futuro diferente del pasado, una paz nueva. Pero ¿qué serían los hermanos que engloban hombres y mujeres?

“No estarían ya tentados de disputar privilegios falaces; y la fraternidad podría entonces nacer entre ellos”⁵.

Estaremos de acuerdo en pensar que la camaradería no vale más que para una intersubjetividad limitada; sabemos que se vive en un mundo en el que los interlocutores son elegidos. A Simone de Beauvoir le gustó citar fórmulas lapidarias. “La mujer no es nuestro hermano”, esta convicción de Jules Laforque es tanto más chocante cuanto que nos recuerda a la vez dos cosas: que la palabra “hermano” puede designar a las personas de ambos sexos, que sobreentiende un universal, una mira común, un valor posible; y que, sin embargo, esta palabra está reservada al sexo masculino. Vayamos del principio de la conclusión a la última frase del libro: la “victoria suprema”, la del reino de la libertad en el seno del mundo dado, sería, según dice, que “los hombres y las mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad”. “Su” fraternidad, última palabra después de todas esas páginas deslumbradoras: la fraternidad se posee y se comparte; es mucho más que simplemente decretarla, imponerla, situarla en el horizonte de un ideal político. “Su” fraternidad: ¿aquella que ya posee?

Pues el término de “fraternidad” es problemático, proclive a la duda. La trilogía de nuestra república nos ha acostumbrado a considerar los términos “libertad, igualdad, fraternidad” como principios y como objetivos. Olvidamos, o ignoramos, que la fraternidad no es solamente un principio abstracto, a diferencia de la libertad y la igualdad, la fraternidad está anclada en una realidad tangible, la de hermanos reales. La fraternidad es masculina. No ciertamente como valor, pero sí como hecho, como realidad. Existen todo tipo de cofradías, sociedades de hermanos, familiares, conventuales. Hay también la república de los hermanos, nacida en nuestra historia, revolucionaria y contemporánea. La república de los hermanos no ha invitado espontáneamente a las hermanas a tomar parte en la “cosa pública”⁶. Si la fraternidad permanece un valor por encima, o al lado de este he-

⁵ *Ibid.* II, pág. 573.

⁶ Geneviève Fraisse, *Les deux gouvernements: la famille et la cité*, Paris, Gallimard, 2000.

cho, ha de ser comprendida considerando palabras que no tienen la misma fuerza, solidaridad o sororidad, por ejemplo. Pues bien, estos dos términos no tienen ninguna fuerza simbólica. El universal masculino, implícito en la palabra “fraternidad”, es lo que permite a Simone de Beauvoir dar esta referencia política final.

Es también el signo de un diestro manejo: haber sido capaz de escribir sobre las mujeres hablando de hombres y mujeres, suponiendo los dos sexos; vistos siempre en su heterosexualidad pues la homosexualidad no tenía entonces rango político. Habría que esperar a los movimientos de liberación sexual y a las vías teóricas ofrecidas por Michel Foucault para ello. Por tanto, además de la paz que supera a la guerra, la proximidad de hombres y mujeres es un dato inesquivable, una realidad empírica fuerte. Poca guerra y mucha fraternidad; pensará de otro modo cuando reconozca el afrontamiento feminista, más tarde.

Unas palabras más: indicar la polisemia de la palabra “fraternidad”, criticar su evidencia y subrayar ya bajo el régimen patriarcal que el pensamiento feminista describe como el sistema global de dominación masculina. El patriarcado designa las sociedades marcadas por el referente paterno, familiar y real, como por ejemplo el Antiguo Régimen. El patriarcado es evidentemente un momento de nuestra historia humana, pero no es un invariante de las sociedades. Entonces ni patriarcado ni fratriarcado: los conceptos para un análisis de la dominación masculina aun faltan.

En este final de *El segundo sexo* se trata del porvenir y el *mitsein* no basta para describir una finalidad. Quedan dos palabras imprecisas que se enfrentan y se mezclan, la de “fraternidad” y la de “guerra”. Permanece problemática la consistencia de sus palabras. Simone de Beauvoir ha dicho que, en el plano personal, ha escapado a la guerra, pero dice también que la mujer, “ser aparte”, no está convidada al banquete de la fraternidad. Dice también que tuvo camaradas y añade que esta camaradería no es extraña a una posible fraternidad. No olvidemos que, un poco más tarde, ella se califica de “corresponsal de guerra”. Privilegio, o marginalidad de quien puede hacer las crónicas de guerra y en consecuencia de la paz que vendrá. Ahora bien, el oficio de cronista no es una actividad racional.

“Toda opresión crea un estado de guerra (...). La disputa durará mientras los hombres y las mujeres no se reconozcan como semejantes”⁷.

⁷ *Le deuxième sexe*, II, págs. 561 y 563.

Es difícil, como siempre se ha creído, no pensar en la guerra. Desde luego siempre es posible contentarse con buenas palabras, con el uso de fraternidad como valor democrático, imagen política del *mitsein*, base de la solidaridad mínima y máxima. En esta última proposición de paz entre los sexos, hay el deseo de terminar el cuadro en dos volúmenes con una imagen de esperanza, la del entendimiento entre los sexos.

Cabe dudar, sin embargo, de que las cosas sean tan simples. Aunque el *mitsein*, el estar juntos anuncie desde la introducción la palabra “fraternidad”, palabra última en sentido propio del libro, hay que recorrer inevitablemente los espacios de la “guerra de los sexos”. Aunque el conflicto es evidente, Simone de Beauvoir es tendenciosa siempre en sus formulaciones: hay poco enfrentamiento y muy poquita lucha. ¿No había habido ningún conflicto notable? ¿Acaso el conflicto no sería nada más que la relación ordinaria entre hombres y mujeres, relación entre subjetividades entre “mismos” y “otros”, como en un cara a cara?

Se plantean entonces dos cuestiones: ¿qué pasa en la historia, la larga historia de la vida de las mujeres, el “bajo consentimiento”, como dice ella? ¿Qué se hace de la dialéctica del conflicto, productora de historia?

Y, sin embargo, las imágenes guerreras abundan en la conclusión: “hostilidad eterna”, “lucha de sexos”, “combate titánico”, “conflictos innumerales”. Dudamos entre el tiempo de una guerra de los sexos cuyo origen es problemático y un tiempo corto de conflicto repetido bajo formas diversas, necesariamente históricas. De paso hago notar que la expresión “guerra de sexos” es aún hoy conceptualmente enigmática, difícilmente situable en la historia literaria. Añadamos que las palabras para precisar la paz entre los sexos son igualmente múltiples: “colaboración de ambos sexos”, “complicidad”, “un camarada, un amigo, una pareja”.

Voy a abordar esta dificultad entre historia y no-historia. Historicidad y atemporalidad. “Círculo vicioso”: así le llama dos veces en su conclusión y, sin embargo, piensa: “La historia no gira en el vacío”; “la libertad puede romper el círculo”. ¿Y qué permitirá esa ruptura? Suscitar una conclusión colectiva, una evolución que jugaría en los niveles. Cívico y social, privado y público: “la familiaridad cotidiana y las competiciones francas” serán los datos nuevos. Promiscuidad y rivalidad serían entonces los dos soportes de la fraternidad que vendrá. Puede percibirse el carácter concreto de la reflexión: traduzco “promiscuidad” por “mixtura” (más “mixtura” en la vida de todos los días) y “rivalidad” por “competición” (más reparto de poder). Así que nada de idealismo (había que precisar este punto). La semejanza de hombres y mujeres se concretiza, bajo el vocablo “fraternidad”,

por dos condiciones necesarias, la mezcla, la mixtura de sexos, y el reparto de los poderes y por tanto de los gozos.

Resumo: la guerra es incierta en el enfrentamiento de las conciencias y está supuesta, implícita, en la historia de la especie... La paz es posible.

“Quienes hablan tanto de la “igualdad en la diferencia” quedarían en mal lugar si no conceden que puedan existir diferencias en la igualdad”⁸.

La fraternidad de los sexos no es la simple semejanza, existencia compartida de los semejantes. Es necesario un cambio, un equilibrio. Cada sexo es la víctima del otro y de sí mismo; cada sexo es cómplice de su enemigo. No hay una guerra buena, pero en la simetría presentada por la mezcla de los sexos puede también percibirse una disimetría, la del dominio y del sometimiento: los hombres tienen la mala fe de los ganadores y las mujeres la buena fe de los perdedores. ¿Entonces? Entonces la historia avanza por la liberación de las mujeres; y el establecimiento de un buen intercambio, de un buen equilibrio.

Final de una representación del drama erótico contado con las imágenes de victoria y de derrota; comienzo del intercambio entre trascendencias que se enfrentan con igualdad.

El término político de “fraternidad” queda redoblado por el término antropológico de “intercambio”. Curiosamente, en efecto, Simone de Beauvoir busca ilustrar el emblema político de la felicidad en un terreno distinto al del republicano, extrayendo ideas en un sistema de análisis en un sistema de análisis que ella denomina economía política y que ofrece una imagen precisa de la relación de los sexos: la de intercambio. La fraternidad supone el intercambio, y el intercambio indica que la igualdad entre los sexos, entre los dos sexos, entre un hombre y una mujer, lleva camino de construirse. El intercambio supone el movimiento. La economía política sirve de soporte a su esperanza de fraternidad pues, con su concepto de intercambio abandona el esquema guerrero de la victoria y la derrota, e introduce la idea de una colaboración entre los sexos como alternativa histórica al sometimiento de las mujeres. Evoca incluso la amistad inherente al “drama erótico”. Todos estos intercambios, el erótico y el político son, por tanto, nuestro condicionamiento. Puesto que estamos de acuerdo en que la en que la sujeción y el conflicto han denominado la historia de los sexos, Simone dibuja esta alternativa virtual y condicionada para mejor guiarnos en el camino de la liberación.

⁸ *Ibid.*, II, pág. 576.

Ella sabe perfectamente que ahí comienzan las dificultades. ¿Cómo hacer la historia entre los sexos? ¿Qué es eso de la historia entre los sexos? Damos vuelta de manera confusa en torno a esta cuestión. El intercambio es una utopía y el presente está hecho de conflictos. Contrariamente a las revoluciones y a las guerras de liberación, la guerra de los sexos no es una guerra salvadora. Pues la guerra de los sexos, si es una guerra, es una mala guerra, más que resolverse se repite. Es mala porque no es más que un debate indefinido, porque en ella está inscrita la complicidad, porque el intercambio está mal regulado, porque en ella reina la mala fe. Entonces ¿cómo salir de esta guerra? ¿Cómo entrar en la historia para encontrar por fin la igualdad y la libertad? Las líneas primeras de su conclusión se preguntan aún si la maldición es original, o si el conflicto no es más que un momento transitorio de la historia humana. Turbadoras incertidumbres.

No olvidemos que estas cuestiones teóricas han conquistado ya, en el campo académico y literario, su carta de nobleza. Del lado de la demanda de igualdad, conocemos bien las dudas recurrentes, un poco de esto, no demasiado de aquello, igualdad relativa, libertad imprecisa; los tratados de estos últimos siglos embrollan siempre un poco las pistas, tanto inquieta la igualdad radical. Justamente por ello la palabra “fraternidad” es divertida para comentar. Del lado del análisis de la dominación, en desquite, las cosas son más serias, podemos decirlo así, pues los antropólogos han construido desde hace dos siglos, y sobre todo en el siglo XX, teorías de la dominación masculina. Simone de Beauvoir queda retrasada. Me parece entender que encuentra vertiginosa la cuestión.